

José ALDAZABAL, *María: la primera cristiana*, («Emaús», 2), Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 1992, 70 pp., 11,5 x 21,5.

Este folleto auspiciado por el Centre de Pastoral Litúrgica pretende hacer un acercamiento a María acorde con la mentalidad y gusto actuales. «El momento que vivimos es una época de examen y renovación, tanto en las estructuras de la vida eclesial como en la teología o en la espiritualidad. No es nada extraño que suceda lo mismo con la devoción a la Virgen. La renovación posconciliar ha subrayado la centralidad de Cristo, de la Pascua, del domingo, de la Eucaristía; y esto ha hecho que se hayan replanteado algunas perspectivas de pensamiento y de oración en torno a la Virgen María» (p. 7).

El A. da unas claves para el nuevo lenguaje que puede reorientar la devoción mariana de acuerdo con la sensibilidad del hombre actual.

Sin prescindir de aquellos privilegios que hacen de María una criatura singular y única, el A. intenta mostrar un retrato de la Virgen que «lejos de enfriar nuestro amor, le dé mayor profundidad y sentimiento» (p. 13). La presenta como «la creyente que escucha la Palabra», la «Maestra de la comunidad orante», «la que se ofreció junto con su Hijo», la «experta en dolor y fiel a su vocación», «abierta a los demás» y a la vez es «una sencilla mujer del pueblo». Esta forma de mostrar a María la hace más accesible y la convierte en un modelo imitable para el hombre de hoy.

El carácter eclesial de María realza sus cualidades de «primera cristiana», de «modelo e imagen», de «Auxiliadora en tiempos difíciles» y de Madre de la Iglesia.

Finaliza el folleto con un calendario mariano y un elenco de plegarias tomadas del Misal Romano y de las Misas de

la Virgen María (46 misas votivas).

Es un folleto asequible al fiel cristiano y ameno. Lástima que reiteradamente presente el documento *Marialis cultus* de Pablo VI como encíclica en vez de Exhortación apostólica.

J. L. Bastero

Angelo PIZZARELLI, *La presencia de María en la vida de la Iglesia*, ed. «Sociedad de Educación Atenas», Madrid 1922, 205 pp., 13,5 x 21.

La presencia de María en la vida de la Iglesia y en la historia personal de los creyentes es algo tan patente que no necesita demostración. Pero no basta con quedarse en una presencia conducente a una actitud emotiva y devocional, sino que debe accederse a una reflexión doctrinal-teológica. Lo afirmaba explícitamente Juan Pablo II a los profesores del *Marianum* el 10 de diciembre de 1988; «es preciso, entre otras cosas, profundizar en cuestiones y argumentos serios y delicados, como... la naturaleza de la múltiple presencia de la Virgen en la vida de la Iglesia» (*L'Osservatore Romano* 12-13 de diciembre de 1988, p. 4).

El motivo de este libro consiste precisamente en esto: dar a la presencia de la Virgen un fundamento teológico sólido. Para ello el método utilizado en este trabajo es el indicado por la *Optatam totius* (nº 16: prioridad de los temas bíblicos, investigación sobre la tradición oriental y occidental, reflexión teológica debidamente inculturada, etc.).

Siguiendo, por tanto, esta metodología el libro consta de tres capítulos. El primero trata de la presencia de María en la vida de Jesús y de la Iglesia primitiva (pp. 19-69); el segundo (pp. 70-108) muestra la presencia de María a lo largo de la historia de la Iglesia, comenzando por la época patristica, pa-

sando por la Edad Media y concluyendo en el siglo XX. El capítulo tercero (pp. 109-174) es una reflexión teológica sobre la presencia de la Virgen en la vida eclesial.

Este último capítulo constituye el punto culminante del libro, pues es donde el A., después de examinar las diversas interpretaciones dadas por los teólogos a la presencia de María, hace su propuesta hermenéutica —presencia penumática o espiritual y contemporaneidad por razón de su estado glorioso— consistente en la explicación de la naturaleza de la presencia mariana a la luz de la resurrección de Cristo y de los cuerpos, cuya anticipación se realizó en María en su Asunción gloriosa a los cielos. Para ello valora el texto fundamental de S. Pablo en I Cor 15, 1-58 ofreciéndolo como fundamentación bíblica a su propuesta hermenéutica.

Es un libro sugerente, escrito con un estilo sencillo. Constituye un punto de arranque para ulteriores investigaciones en un campo tan extenso como es la presencia de María en la vida del creyente y de la Iglesia.

J. L. Bastero

Pierre ARNOLD, *La santità per l'uomo d'oggi*, ed. Massimo, Milán 1991, 253 pp., 13,5 x 21.

Los caminos hacia Dios son siempre una novedad para el espíritu humano, y esa novedad lleva consigo una doble consecuencia: de un lado, que el hombre nunca se acostumbra del todo a ninguna de esas vías y, de otro, que cualquiera de esos senderos no pierde nunca actualidad. El origen y el final del trayecto permanecen siempre idéntico: el hombre y Dios, y los trazados para recorrerlo serán tan variados como los hombres. Cada ser humano es pro-

pio y diferente de los demás, y a Dios se le puede encontrar en cualquier lugar y en todas las situaciones por las que el hombre debe transitar en esta vida. Por eso, los senderos del espíritu, como el mismo espíritu, se encuentran en casa, y a la vez, fuera de casa, en cualquier contexto cultural creado y desarrollado por los hombres.

El libro que presentamos es una muestra de cómo una de esas líneas maestra del andar del hombre hacia Dios —el espíritu benedictino—, mantiene su lozanía, y continúa manifestando su riqueza, después de los siglos que lleva ya fecundando la faz de la tierra. Consciente de que el primer espíritu benedictino de ruptura con el mundo, se comenzó a vivir en los claustros, para llevar a cabo de manera inmediata físicamente una ruptura que San Benito se propuso como modo de seguir el espíritu de Cristo; el P. Arnold se da cuenta de la necesidad de encontrar otro cauce fuera del convento, para el hombre que está, y debe continuar, envuelto en las preocupaciones y ocupaciones de cada día, alcance a vivir también esa misma «ruptura», y hacer posible la correlación, en la que insiste el espíritu benedictino, «entre vida evangélica y ruptura; conversión y separación del mundo» (p. 245).

Aclaro enseguida, aunque quizá no sea necesario, que al hablar aquí de mundo, no se entiende el pecado, sino todas esas realidades que el hombre común denomina bajo la palabra mundo: profesión, familia, intereses sociales, culturales, políticos, etc.

¿Cómo llevar a cabo esa «ruptura»? El autor tiene bien presente que el «mundo moderno, con sus sombras y luces, es el paso obligado por el que han de transitar hoy muchos cristianos, para entrar en la fecundidad del Evangelio» (p. 225). Y precisamente por eso, recuerda que estos cristianos, en sus re-